

Santiago, 29 de Noviembre de 1934.

Sr. Manuel Rojas.

H.

Señor:

He leído hoy con emoción su artículo sobre literatura americana. El interrogante que Ud. plantea bien merecía ser planteado por Ud. y en la forma tan sincera en que lo hace. Créame que si ese problema preocupa a los escritores, casi me atrevería a decir que preocupa aún más a los que vivimos nuestra vida mental en los libros ajenos. Recuerdo que hace algún tiempo - cosa de unos dos años - se publicó en El Mercurio una encuesta sobre literatura y autores chilenos. La respuesta más decidida que apareció entonces fue la de don Carlos de la Cruz, que acusaba a nuestros autores de escribir mal, lo que, según me pareció entender, significaba para él que nuestros escritores no logran interesar. Ud. se pregunta ahora cuál es el deber que deben seguir los autores para interesar; ¿le será permitido a un simple lector - y lector de pocos libros - dar su opinión?

Yo creo - y si fue con esto hoy solo una impresión vaga y solo groseramente aproximada, como es de esperarlo de quien no ha practicado la técnica -, creo, digo, que para interesar, es decir, para tomar el alma del lector, es preciso - necesario y suficiente, como dicen los matemáticos - que el autor se entregue sin reservas, se entregue todo entero y pretenda en último término esclarecerse a sí mismo hasta el límite de sus fuerzas. No creo en la literatura a medias, como no creo en el amor ni en la felicidad a medias. Me parece que para un escritor no hay más tema que él mismo y que el mundo y sus criaturas, así como todos los géneros y ambientes literarios, debe serlos y tratarlos a guisa de simples pretextos. El arte está en disimular el fin introspectivo, pero no hay creación sino de uno mismo por uno mismo y este fin no puede sustituirse por otro más modesto

sin sacrificio sustancial del valor humano - y por consecuencia del interés - de la obra literaria. Nuestros escritores, tienen todavía, como Ud. lo dice, poca personalidad. No llegan al nivel dramático. Están aún, como los primitivos, mueltos al exterior. Les falta conocerse más, vivir más hondo, descubrir nuevas regiones de su propia alma, que sean como nuevos arquetipos del mundo y de la vida. Volvamos al platonismo, eterna fuente de juvenio del espíritu. Prosteamos fé a las ideas, venerémoslas como la única realidad. Despreciamos de una vez la cultura-paratempo. Entremos con fié firme en la cultura - lucha contra el tiempo, lucha por lo eterno. Pensemos, meditemos, busquemos infinito pretexto de embellecer la vida.

Distinguido Ud., señor, dentro de su propia alma, y participelos, no al público, que **C. E. L. I. C. H. U. C.** importa - magnífica promesa - pero a todo, - pocos o muchos - los que estamos necesitados, no de distracciones, sino de meditación y contemplación. Conóscase, explórese, describíase y enséñese, enséñese a nosotros, incítenos a conocerlos: lo llamaremos maestro. Resúlvase a perseguir este supremo objeto, y a despreciar todo otro. Sea hombre según la fórmula cartesiana: pienso, luego existo. Pienso, existo, y habrá sembrado entre nosotros un germen de cultura que nos hará decir más tarde, hablando de la patria: pensamos, luego existimos.

Lo saluda alguien que cree en Ud. como en nadie.

Un lector.